

# LA REBELION SIN OBJETIVO

Por  
RAFAEL  
GAMBRA

Las protestas, las reivindicaciones y los conflictos humanos han tenido siempre un fundamento en la realidad histórica o en la realidad trascendente, que constituyen los hitos re-ligadores de la vida humana. La necesidad defensiva o expansiva, el servicio o la defensa de una verdad religiosa han ocasionado incontables tensiones y guerras que, generalmente, la malicia humana envenenaba o complicaba. Pero a nuestra época le estaban reservados conflictos y luchas puramente ideológicos, nacidos por entero de una teoría o, a veces, de un mero "slogan"; luchas y conflictos sin relación alguna con las necesidades reales de este mundo ni con los imperativos del otro.

Las barricadas de París —la "guerra de los estudiantes"—, esta especie de descomposición interna de la sociedad occidental que hemos comenzado a vivir, es un ejemplo típico y culminante de conflicto "ideológico". Sobreviene —nótese bien— en una sociedad donde la miseria casi no existe, cuya vida —económicamente hablando— es incomparable con la de cualquier otro tiempo; en una sociedad que desconoce las tensiones y las luchas religiosas (en su capacidad de producir una lucha visible) porque no hay fe bastante para ello y porque la misma Iglesia de hoy tiende a definirse como un servicio a la Humanidad y de condenar a priori cualquier guerra o violencia religiosa.

Recurramos a un ejemplo —hipotético y en pequeña escala— de lo que entendemos por un "conflicto ideológico". Se trata de una reivindicación "social" que todavía no se le ha ocurrido a nadie (que yo sepa), y que yo brindo a los demagogos de la Prensa o del ensayo sociológico. El "slogan" de esa reivindicación podría ser: "transporte libre". ¿Por qué ha de cobrarse el transporte colectivo urbano en las grandes ciudades donde constituye una necesidad? Nadie, evidentemente, utiliza el metro o el autobús por gusto, sino por una necesidad, generalmente laboral. ¿Por qué unas "clases privilegiadas" habitan el centro de las ciudades y no tienen por ello necesidad de transporte colectivo, o poseen

vehículos propios para hacerlo? Son las clases "trabajadoras", "productoras", las que han de sufragar tales empresas de transporte: profunda injusticia social cuya prolongación no puede tolerarse.

Esta reivindicación —repeto— no se le ha ocurrido normalmente a nadie, ni brota de la realidad ambiental. Pueden —eso sí— surgir protestas parciales sobre imperfecciones de los servicios, en demanda de estabilización de los precios, etcétera. Pero como tal principio general sería una pura idea desencarnada y sometida a las solas leyes de una lógica abstracta. Sin embargo, puesta en movimiento en una sociedad "de masas", su misma lógica la amplía indefinidamente por cauces de utopía. Por ejemplo: en rigor, no se trata sólo de la gratuidad de los servicios: el tiempo que el productor emplea en los desplazamientos vale también dinero, y debe la sociedad a la que sirve satisfacer su imperio. En justicia social, el usuario de un transporte colectivo —el Metro de Madrid, por caso— no debe pagar tres pesetas por viaje, sino recibirlas en taquilla por el tiempo que va a perder y las molestias que va a sufrir. La idea "social", aunque no surgiría de una mente sana ni de un ambiente normal, se abre paso rápidamente en un ambiente de masas, modelado bajo los solos ideales del "comfort" y de la igualdad. Lo que aquí parece una idea demencial y de consecuencias ilimitadamente perturbadoras, pronto parecería evidente: sus promotores se verían con facilidad aclamados y al que opusiera alguna dificultad no resultaría difícil lapidarlo como "clasista", "antisocial" o "enemigo del pueblo". Se hablará, como de un dogma, de la "igualdad espacial de oportunidades".

Las consecuencias de aplicar un tal "principio" son fácilmente previsibles. Servicios que —bien o mal— funcionan y sirven a todos entrarían rápidamente en colapso; el primer día de su puesta en práctica se registrarían motines con muertos en muchas estaciones del Metro, y una multitud se aprestaría a obtener su jornal de viajar en colectivos,

al modo como en Francia, por la aplicación de otro principio teórico, viven muchas gentes de tener hijos y de los subsidios correspondientes.

La "rebelión de los estudiantes" —y el principio de desintegración que ha provocado— es también consecuencia de una de esas ideas desencarnadas, demagógicamente utilizadas y difundidas en "slogan". O más exactamente la consecuencia final de una reacción en cadena de efectos catastróficos a partir de la puesta en práctica de una de esas ideas. Rigurosamente, se trata del corolario final de lo que en unos países se llama "principio de Igualdad de Oportunidades" y en otros "Democratización de la Enseñanza".

Yo puedo responder de que hace no más de quince años jamás oí decir a ningún padre que los estudios de sus hijos deberían ser sufragados íntegramente por el Estado y que, además, los hijos deberían percibir una remuneración mensual por cursarlos. Sí oí demandas —y aun protestas— sobre aspectos concretos de la enseñanza: debería mejorarse y elevarse la enseñanza primaria; era necesario tasar los libros de texto para evitar abusos; deberían existir becas para alumnos de capacidad sobresaliente y carentes de medios, etc. Pero ningún padre dudaba de que la educación y aprendizaje o carrera de su hijo correspondía fundamentalmente a él. El hecho de que desde la inexistencia de tal demanda en el ambiente general hasta su implantación como realidad haya pasado tan corto tiempo revela que no se trata del logro de una reivindicación real sino de la aparición (mental) —o de la importación— de una pura idea, que se apoya tan sólo en una teoría y en su lógica immanente. La teoría subyacente es, por supuesto, el socialismo; y su lógica immanente, la dialéctica hegeliano-marxista.

Las consecuencias, no tan rápidas como en nuestro ejemplo del Metro pero no menos espectaculares, están ya a la vista de todos: abandono masivo del campo y de las profesiones manuales; tendencia general a la burocracia o el funcionarismo; descenso en el ni-

vel de la enseñanza; masificación de la Universidad; generalización del resentimiento y de la impresión de fracaso en una sociedad "puesta en cola" hacia profesiones y niveles que forzosamente sólo unos pocos podrán alcanzar; aumento de la burocracia y de la inflación; desaparición de todo vínculo afectivo o habitual del hombre hacia un oficio o profesión por raíz familiar o local; y, como culminación, la rebelión masiva de los estudiantes, rebelión sin forma ni objetivo concretos, no ya anarquista, sino nihilista.

¿Qué anhelan en su rebelión estos estudiantes subvencionados, que parecen poseerlo todo dentro de los límites masificados y económicos de su mundo mental y ambiental? ¿En nombre de qué se rebelan? Si preguntáis a ellos mismos os dirán respuestas totalmente abstractas que se revisten a menudo de una aparente sublimidad moral. Luchan por "un cambio total de estructuras" o por "un mundo donde reine la justicia, la paz y la libertad, un mundo sin guerras, opresión ni desigualdades". Tales son los monótonos temas de la "canción-protesta".

Sin embargo, ese mundo angélico no existe aquí abajo: es un subproducto para uso popular de la misma dialéctica hegeliano-marxista: la felicidad o el paraíso sobre la Tierra como término "desalienado" de la evolución histórica.

Hay algo, no obstante, de real y de dramático en esa "rebelión de los estudiantes" que amenaza con liquidar la civilización que todavía nos alberga. En rigor, ellos ¿pueden saber por qué se rebelan en el fondo? Se trata de unos motivos que escaparon ya de su mundo visual, aunque no de su naturaleza en tanto son seres humanos: el mismo mundo que les ha dotado de gratuidades, ambiciones, subvenciones y seguros sin límite, les ha privado de los bienes más preciosos de la vida, de aquéllos sin los cuales el hombre no puede vivir como tal: un patrimonio de realidades humanas y divinas que consideren como propio y al que poder ser fieles, y, con ello, el espíritu de continuidad y el sentido de la vida.